

— Sí — le contestó.

— ¿De qué, hijo mío?..

Serafín, medio dormido, atrajo hacia sí la cabeza de su madre, la besó y le dijo:

— De ti.

A punto estuvo Margarita de reirse del inocente destino de su hijo; pero se contuvo sin saber por qué, y volvió á sentarse junto á la cuna de su hijo.

## CAPÍTULO XIII

### SOMBRAS

Cualquiera que sea la importancia que el lector dé á la conversación que hemos oído en el anterior capítulo, yo, fiel narrador de estos verídicos sucesos, no les debo ocultar que causó en Margarita una impresión que participaba á la vez de duda, de inquietud y de curiosidad. Por de pronto, la imagen de la hija del Americano se había grabado tenazmente en su imaginación con colores tan vivos, que en vano intentaba con juiciosas reflexiones disminuir los fantásticos atractivos con que su propio pensamiento se la representaba.

Cerraba los ojos de su imaginación para substraerse al esplendor de aquella imagen que la deslumbraba, y al mismo tiempo los abría de par en par, movida por aquella curiosidad invencible. Quería alejar de ella su pensamiento, y el pensamiento daba una vuelta y volvía á buscarla; no la miraba, pero la veía; inútilmente le volvía la espalda, porque la imagen aparecía de nuevo delante de sus ojos; podía creer que se complacía en perseguirla.

Por uno de esos contrastes que la luz suele ofrecernos, la claridad con que Margarita veía reflejarse la singular belleza de la hija del americano llenaba de sombras su entendimiento; fuera de los relámpagos con que aquella belleza, hasta entonces ignorada, iluminaba sus ojos, todo era para ella obscuridad.



Y bien. ¿Es acaso un suceso extraordinario la aparición en el mundo de una mujer joven y bella para causar tan maravilloso efecto? Y aun cuando fuere la misma Venus en persona en el momento crítico en que salió de la espuma del mar, ¿qué tenía que ver con ella la señora de Góngora? Bueno que las bellezas, más ó menos puestas en moda, vieran en la hija del Americano una rival terrible; bueno que los hombres más impresionables, arrastrados por la novedad, concedieran á esta súbita hermosura todos los honores de un éxito completo. Muy bien, son cosas puestas en razón; pero Margarita, que miraba con tan justa prevención lo mismo las vanidades de la belleza que las vanidades del lujo, ¿por qué no podía desechar de su pensamiento la imagen de la hija del Americano?..

Antes, cuando la señorita de Miramar era el sol de la moda y la reina de la hermosura, cuando tenía un séquito de admiradores y su corte de lisonjeros, bien hubiera podido temer que la hija del Americano viniera á disputarle el imperio de la celebridad; pero ahora que tan juiciosamente ha renunciado á todas esas vanas satisfacciones, ahora que sólo vive para su casa y para su hijo, no se concibe que le cause tan viva preocupación la noticia de que hay en el mundo una mujer á quien se le ha concedido el don de los más poderosos atractivos.

Ella misma se pregunta por qué la hija del Americano ocupa todo su pensamiento, y ni ella misma encuentra respuesta á su propia pregunta. Lo que más le mortifica no es la celebridad, ni la belleza, ni el prestigio de esa singular criatura, sino la tenacidad con que se ha apoderado de su pensamiento. ¿Por qué piensa en ella? Esto es lo que la apura y lo que la aflige.

En verdad, es bien posible que la baronesa y el brigadier, sorprendidos por la súbita celebridad de la hija del Americano, exageraran los quilates de su belleza y las ori-

ginalidades de su talento. No sería, por cierto, la primera vez que el éxito deslumbra y la novedad ciega. El vulgo ha tenido siempre mayoría sobre la tierra; es donde encuentran ancho cauce, lo mismo las más desafortunadas alabanzas que las más atroces calumnias, y el vulgo más vulgo que yo conozco lo forman todas esas gentes que pretenden no serlo. Hoy por hoy, el vulgo de los salones es más frívolo que el vulgo de las plazuelas, y la clase media es el gran vulgo. Las plebes suelen algunas veces tener instinto, y de ahí para arriba no se encuentran más que egosmos, envidias y vanidades.

Podía muy bien ser exagerado el retrato hecho por la baronesa y por el brigadier. En una palabra, la hija del Americano podía muy bien no ser tan prodigiosamente bella como la voz pública la pintaba.

Mas ¿qué interés podía tener Margarita en aminorar el mérito de esta criatura, desconocida hasta entonces y de la que acababa de oír hablar por primera vez en su vida?

No lo sé con completa certidumbre; pero no será difícil indagarlo.

¡Ya se ve! Luis, con motivo del pleito, la veía con frecuencia, y probablemente la trataría con la intimidad propia del caso.

Esta reflexión debía ser la primera sombra que se proyectara en su pensamiento, sombra que pocos esfuerzos bastarían á disipar, y aun podemos estar seguros de que Margarita la desecharía, exclamando: «¡Cómo!.. ¿Luis?.. ¡Imposible! Su corazón es incapaz de semejante debilidad. No dudo yo que se interese por la suerte de esa criatura, porque Luis es el más noble de los hombres. Yo conozco la rectitud de sus sentimientos y la firmeza de su voluntad incontrastable. ¡Dios mío, apartad de mí este pensamiento odioso con que sin querer lo ofendo!»

Así se hablaría á sí propia, enojada consigo misma; mas



hay un demonio *razonable*, quizá el más terrible de todos los demonios, que es el demonio de la discusión, que todo lo embrolla, que todo lo oscurece, que todo lo envenena, y tomando parte en este debate íntimo, pondría delante de los pensamientos de Margarita estas palabras irreprochables:

— Sí, el espíritu es fuerte; pero la carne es flaca.

Y la primera sombra volvería á oscurecer su entendimiento, é insistiría añadiendo:

— Hay mujeres que poseen hechizos infernales, abismos de hermosura que producen vértigos. La serpiente del Paraíso toma todas las formas, y no es la que menos aprovecha la forma de mujer. Luis cuenta con una voluntad recta y firme, mas su corazón es de carne. Es bueno, es noble, es heroico; pero, al fin, es hombre.

— No, no — gritaría Margarita en el fondo de su alma.

— Será posible, pero no es. ¿En qué puedo yo fundar tan atroz sospecha? ¿Qué he visto para pensar así? ¿De dónde nacen estas traidoras dudas que me asaltan? ¿Por qué le ultrajo de esta manera?

El demonio de la discusión replicaría á su vez diciendo:

— Es una locura abandonarse á esas quimeras sin fundamento. Es preciso ser razonables. Hasta ahora no hay más que un dato insignificante: que ella es hermosa, y que Luis la conoce y la trata. Mas ¿no hace muchos días que parece dominado por un pensamiento fijo? ¿No parece que huye de toda comunicación íntima? Algo extraordinario, algo misterioso pasa en las intimidades de su alma.

Esta era la segunda sombra que se extendía por el pensamiento de Margarita. No cedía, sin embargo, á esta nueva obscuridad, y abriéndose paso la voz de su corazón al través de las tinieblas de su espíritu, decía:

— El pleito, el pleito... Ese es el motivo de la preocu-

pación que lo domina. ¡Quién sabe las dificultades que encontrará en su empeño! ¿Acaso la justicia es una cosa tan clara entre los hombres que sea siempre fácil hacerla triunfar? Tiene enfrente á un adversario poderoso, que no ha de perdonar medio para obtener el triunfo de su causa. Luis piensa en eso, únicamente en eso. ¡Ah, no piensa en otra cosa!

El feroz demonio de la duda insistiría exclamando:

— ¡Oh! Cerrar los ojos es negarse á toda luz, y es preciso ver algo para no andar completamente á oscuras. Veamos si un pleito difícil, si una cuestión jurídica, ardua y espinosa es motivo bastante para que un letrado acostumbrado á las tareas del foro y á las injusticias de los tribunales, caiga en ese estado de sombría reserva en que se halla. Y cabe preguntar: ¿Es el pleito ó la cliente? Hermosa es la justicia; ¿pero acaso la hija del Americano no es también hermosa? ¿No suelen confundirse algunas veces los sentimientos legítimos con los sentimientos culpables?

— No — replicaría ella; — no debo pensarlo, no puedo creerlo.

— Seamos razonables — debería repetirle el demonio. — No se trata de creer, sino de indagar. ¿Por qué no habla nunca de esa mujer de quien todo el mundo habla? La inocencia no es tan reservada. ¿Podrá creer que el nombre de esa mujer es un delito en sus labios? Si no piensa más que en el pleito, claro es que no piensa más que en ella.

Así, por medio de la discusión, que es la luz, se iban amontonando las sombras en el entendimiento de Margarita. Cansado su espíritu de esta lucha que oprimía su corazón, resolvió encerrar en lo más profundo de su alma aquella duda terrible, y espiar con mirada atenta las acciones, las palabras y hasta los pensamientos de su marido.

Hay resoluciones que nos asaltan, que se apoderan de nuestro ánimo, antes de que hayamos tenido tiempo de



examinarlas. Esto debió sucederle á Margarita en el momento en que la vemos, porque irritada contra sí misma y sin poder contenerse, exclamó:

— ¡Espiar!.. ¡Oh, eso es indigno! No; nunca podré resignarme á ese papel alevoso que á él lo ofende y á mí me humilla. Lo que me corresponde es abrirle mi corazón, descubrirle hasta el fondo de mi alma, y que vea la extraña inquietud que me agita. Sí. Jamás le he ocultado ni el más recóndito de mis pensamientos; ¿por qué no ha de saber ahora lo que pasa en mi alma?

Resuelta á llevar á cabo su propósito, esperó á Luis, que aquella noche tardaba en volver más de lo ordinario. La baronesa se había retirado acompañada del barón y del brigadier; este último le dió el brazo para bajar la escalera, y el barón los seguía con la indolencia del hombre á quien todo le es en el mundo indiferente menos su pereza.

En la puerta los esperaba un coche de punto, en el cual no cabían más que dos personas. El brigadier se apresuró á abrir la portezuela, probablemente deseoso de endosar al coche el mochuelo de la baronesa: más ésta se detuvo, diciendo:

— No; prefiero ir á pie.

— Señora — le advirtió el brigadier, — hace un frío demasiado intenso, y estamos en la época crítica de las pulmonías.

— Mi abrigo — replicó ella, guiñando un ojo — me responde de mi salud. Además me conviene hacer algún ejercicio.

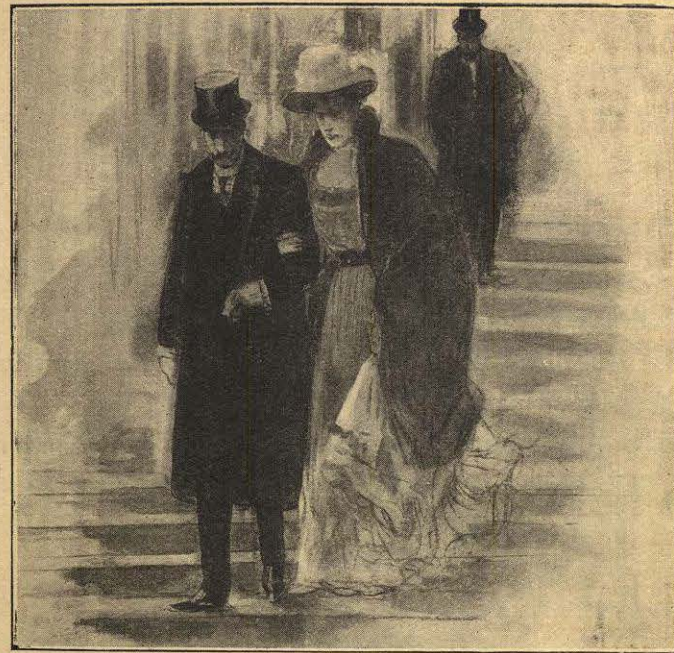
— Pues yo, hija mía — añadió el barón, — me muero de frío, de cansancio y de sueño.

— No hay nada perdido — dijo la baronesa. — Toma tú el coche, y César me acompañará á mí.

Y embozándose en su abrigo de pieles, volvió á apoderarse del brazo del brigadier, al que, según el fruncimien-

to del entrecejo, debió hacerle muy poca gracia la ocurrencia de la baronesa.

En cuanto al barón, vió el cielo abierto, ó lo que para él era lo mismo en aquel momento, el coche, y dándose toda la prisa de que era capaz, puso primero un pie en el



El brigadier le dió el brazo para bajar la escalera

estribo, luego el otro, y encorvándose con mucho trabajo, entró en el coche, dejándose caer sobre el asiento y recomendando al brigadier que encajara bien la portezuela.

Partió el coche, y el brigadier y la baronesa se encontraron solos en medio de la calle. Si su habitual indolencia le permitía al barón tener buen humor alguna vez, pudo celebrar el caso riéndose á carcajadas; mas debemos suponer que sus fuerzas no llegaron más que á formular una lenta sonrisa de satisfacción al verse solo en el coche. De



todas maneras, el brigadier había encontrado un marido que se reía de él como si tal cosa.

El seductor debía bramar interiormente viéndose obligado á servir de escolta á la baronesa. ¿Y qué había de hacer? Necesitaba el auxilio de la amiga de Margarita; era su *medium*, y no le quedaba más recurso que bajar la cabeza, cerrar los ojos, rechinar los dientes y apretar el paso.

¿Apretar el paso?.. Muy pronto lo hemos dicho. No se aprieta el paso tan fácilmente cuando llevamos colgada del brazo una mujer que no tiene prisa, y la baronesa se encontraba precisamente en ese caso...

El brigadier le dijo:

— La distancia no es corta y vamos muy despacio.

— Eso es — repitió ella; — vamos despacio porque la distancia es larga. Es mi sistema para no llegar cansada... Además, nadie nos corre.

El brigadier se mordió los labios como si hubiera querido castigarlos anticipadamente por las palabras que iban á pronunciar, y que fueron éstas:

— Temo que el frío le cause algún daño.

— Gracias — dijo ella; — *n'est pas possible*.

Y dando un mal paso apoyó más vivamente su brazo sobre el brazo del brigadier, añadiendo:

— Hay demasiado calor en mi corazón para que pueda ofenderme el frío de la noche. *¿Qu'en pensez vous?*

Conoció el brigadier que se le venía encima un ataque de frente, y se veía acometido á la vez en francés y en español. Había llegado el momento crítico y temido, y no había más que dos caminos que tomar; ó rechazar la fuerza con la fuerza, ó rendirse á discreción. Rechazar la fuerza con la fuerza era perder la útil complicidad de la baronesa; era más aún, era convertir el cómplice en enemigo; pero rendirse era peor mil veces, porque no hay nada peor que el amor, digámoslo así, autorizado, de una mujer insopor-

table. Y echando bien las cuentas, esta resolución era la más comprometida, porque la baronesa no renunciaría al escándalo de su triunfo, y el brigadier iba á ser el platillo de todas las conversaciones, quiero decir, de todas las burlas.

En la situación en que se veía, lo más prudente era eludir el combate; mas ¿cómo?..

Desentendióse de la pregunta hecha en francés, y dijo con bastante naturalidad:

— Me preocupa una idea.

— ¿Cuál?.. — preguntó la baronesa.

— Tal vez hemos sido algo impertinentes en hablar tanto de la hija del Americano.

— *¿Pour quoi?* — preguntó de nuevo la amiga íntima de Margarita.

— Porque tal vez — contestó el brigadier — hemos despertado en el ánimo de Margarita alguna inquietud.

— ¡Inquietud! — exclamó la baronesa. — *Ne comprend... pas.*

— Quiero decir — insistió el brigadier — que acaso le hayamos hecho concebir sospechas de que el Sr. de Góngora siente algún interés por la hija del Americano.

— ¡Oh!.. — exclamó la baronesa.

— ¡Oh!.. Y bien; ¿qué quiere decir ¡oh!..

— Quiere decir que Margarita estará ya al cabo de la calle.

— ¿Cree usted — le preguntó el brigadier — que tenga motivo para inquietarse?

— *Oui* — contestó sencillamente.

— Realmente — añadió él — la hija del Americano bien puede competir con la señorita de Miramar casada y con un hijo.

— Por supuesto.

— ¿De manera que estará celosa?..



— Celosa... ¡Phs!..

— ¿No?

— No creo que le quiten á Margarita el sueño las preocupaciones de su marido... Ella tiene su filosofía; y después de todo, *¿qui en doute?*

— ¡Qué!..

— Que á Luis le es agradable la hija del Americano. Ese es su pleito.

— ¿Y Margarita se resigna?

— ¡Qué ha de hacer!..

Esta vez fué el brazo del brigadier el que oprimió el brazo de la baronesa, de puro agradecimiento, al mismo tiempo que le decía:

— Es usted admirablemente perspicaz... Conoce usted perfectamente el corazón humano.

— ¿Todos? — preguntó ella lánguidamente.

— ¿Por qué no? — contestó él. — Pero me ocurre una duda.

— ¿Usted duda?..

— Sí.

— ¿De qué?

— De que Margarita se resigne.

— ¡Oh! Nuestra resignación, *mon cher ami*, suele tener sus inconvenientes.

— ¿Pues?..

— Sí... Nos resignamos con su cuenta y razón.

— ¡Cree usted que ella busque el desquite!

— No digo yo precisamente que lo busque... ¡Mas si lo encuentra!..

— ¿Y cómo?..

— ¡Oh!.. — exclamó. — Hay hombres irresistibles.

La baronesa pronunció estas palabras dirigiendo al brigadier una tierna mirada, y era el momento en que llegaban á la puerta de la casa en que tenía su habitación la

baronesa. César, ¡oh infeliz condición humana!, creyó que habían llegado demasiado pronto.

En la puerta estaba el coche que había conducido al barón. Esperaba allí por si el brigadier quería utilizarlo, y esperaba allí también á la baronesa para que le pagara las horas que el barón lo había usado. Es decir, que el brigadier tuvo que pagarlo.

— ¡Oh! — exclamó la baronesa. — A mi marido le cuesta trabajo hasta meter la mano en el bolsillo. Sería capaz de dejarme prender por deudas, con tal de no tomarse la molestia de pagarlas.

César se despidió de la baronesa con un expresivo apretón de manos. Ambos se separaban contentos, ella diciendo para sí: «Es mío.»

Él restregándose las manos interiormente y exclamando con el pensamiento: «¡Oh, si será mía!..»

Entre tanto Margarita esperaba á Luis dando vueltas en su imaginación á las sombras que obscurecían su entendimiento, en cuyo fondo, como el relámpago en medio de las nubes, aparecía siempre la imagen luminosa de la hija del Americano.

Montero había terminado su partida de tresillo, y después de contemplar á Serafin, dormido, prorrumpió en un gran bostezo, dió á Margarita las buenas noches y se fué á su cuarto á buscar el día siguiente:

Poco después se oyeron en la calle pasos acompasados, y aun puedo añadir meditabundos, que resonaron en el corazón de Margarita, sin más razón que porque eran los pasos de Luis, que volvía á su casa. Por primera vez después de su casamiento experimentó ella un temblor involuntario al sentir que su marido se acercaba. Su primer movimiento fué ponerse de pie y salir á recibirlo; pero las sombras que habían invadido su imaginación se levantaron en su alma y obscurecieron sus ojos, y tembló y tuvo que sentarse.

33857



Luis levantó silenciosamente la cortina y apareció en el dintel de la puerta, lanzando por la estancia una mirada, que á su mujer le pareció recelosa.

Se adelantó algunos pasos, y de pronto se encontró delante de Margarita, en la cual no había reparado hasta entonces.

## CAPÍTULO XIV

### EL SECRETO

Ambos se contemplaron un momento en silencio, Luis con mirada distraída, Margarita con mirada inquieta. Aquel silencio era embarazoso para uno y otro. Luis quería decir algo y no sabía qué; Margarita quería decir mucho y no sabía cómo. Entrambos buscaban una palabra que rompiera aquel silencio, y por lo visto, ninguno de los dos la encontraba. Él fué el primero que habló, diciendo:

— Temprano te han dejado sola esta noche tus amigos.

— ¡Temprano!.. — exclamó ella. — Á la hora de siempre. Si nuestros relojes no van mal, son ya más de las doce... y ya sabes que á las once y media levanta Montero su partida de tresillo, hora en que las personas que me hacen compañía se retiran.

Luis consultó el medio cronómetro que llevaba en el bolsillo, y dijo:

— En efecto, son las doce y veinte...

Y encogiéndose de hombros, añadió:

— ¡Phs!.. No creí que era tan tarde.

— Eso me indica que has encontrado alguna distracción agradable...

— Sí, ¿eh?.. — preguntó Luis.

— Lo supongo — contestó Margarita.

— ¡Lo supones!..

— Pues..., y me alegro.